

ISABEL ÁLVAREZ

CLARA NOX



AHORA HAY MONSTRUOS

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

CLARA NOX

AHORA HAY MONSTRUOS

Ilustraciones de Sara Lozoya

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2025

© de las ilustraciones: Sara Lozoya Sevilla, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30689-4

Depósito legal: B. 15.934-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Todo empezó un lunes en el instituto Kensington, un centro prestigioso de la ciudad de Nueva York que destaca por su excelencia académica.

O eso dicen. Si me preguntan a mí, lo que destaca es la arrogancia y el exceso de laca. La directora siempre está enfadada y los alumnos desprecian a todo aquel que consideran que no está a su altura.

Por desgracia, desde hace unas semanas es mi instituto. Aterricé en él cuando la enfermedad de mi madre empeoró. Se le ocurrió que sería buena idea que yo pasase una temporada con mi tía Eli, a miles de kilómetros de mi casa. Qué equivocada estaba...

¿Y mi padre? Vete tú a saber. Nunca lo conocí y mi madre se pone nerviosa en cuanto lo menciono, así que he dejado de hacerlo.

En fin, que además de lunes, era Halloween. ¡La guinda del pastel!

No me malinterpretes, no tengo nada en contra de la

Noche de Brujas. La idea de disfrazarme y atiborrarme de caramelos hasta caer inconsciente podría llegar a gustarme. Lo que no soportaba era la locura que se había apoderado de todo el mundo este año.

Estábamos en clase de Matemáticas con el profesor Kowalski, un señor delgado con jersey de rombos (sí, siempre) que intenta taparse la calva con el único mechón de pelo que le queda y al que le encanta escribir ecuaciones en la pizarra mientras bromea, que era justo lo que estaba haciendo en ese momento. Él era el único que se reía de sus chistes. Quizá tuvieran gracia, pero nunca lo sabremos: suele llevar un caramelo en la boca que se le queda pegado a los dientes y no hay quien lo entienda.

Él también es nuevo en el instituto, llegó poco después que yo y ya se ha ganado la simpatía de... nadie. Vale, puede que yo no sea la más adecuada para hablar de hacer amigos, pero es que sus clases son insoportables.

Yo estaba totalmente abstraída observando un cuervo que se había posado en un árbol del jardín. En mi defensa diré que no era la única que no prestaba atención: mis compañeros llevaban desde el principio de la clase cuchicheando y pasándose notitas. Esa noche se iba a celebrar una fiesta en el instituto y hacía semanas que no se hablaba de otra cosa.

—¡Bu! —me gritó alguien al oído.

Era Preston, uno de mis compañeros. El muy cretino se había puesto una máscara de monstruo y había decidido empezar con las bromas antes que nadie. Por lo visto, es otra de las tradiciones de Halloween, y un motivo más para estar emocionada...

Yo me llevé un buen susto y él casi se va a casa con un ojo morado. Aviso: cuando me sobresalto, es imposible saber cómo voy a reaccionar.

Resulta que la campana ya había sonado, la clase había terminado y todos estaban levantándose. Todos menos yo, que no me había enterado.

Me puse los auriculares y subí la música; eso era lo único que me ayudaba a evadirme. Estaba empezando a recoger los libros cuando apareció Nico a mi lado.

—¿Tienes disfraz para esta noche? —me preguntó.

—¿Qué te parece un pijama de ositos? ¿Suficientemente aterrador?

Por supuesto, yo no pensaba ir al baile, pero él no lo aceptaba.

—¡Venga ya, Clara! No puedes perderte la fiesta. Irá todo el mundo y...

—Y precisamente por eso no pienso asistir —zanjé.

Salí de clase y eché a andar hacia mi taquilla. Nico me siguió enumerando (literalmente) todas las razones por las que no podía faltar a la celebración.

—Mira, he preparado una lista para hacerte entrar en razón. Número uno: habrá un montón de comida. Aunque espero que este año pongan alguna *pizza* y no solo esos minicanapés que tanto les gustan... Número dos: tengo un nuevo paso de baile, ¡vas a alucinar! Número tres: veremos a Kowalski sin su jersey de rombos por primera vez, ¡y a la directora disfrazada! ¿No sientes curiosidad por saber de qué irá? Número cuatro: sortearán el reloj Salisbury que ha donado mi familia. ¿Y si te toca?

No había manera de hacerlo callar, hasta que nos cruzamos con June.

—¡Hey! ¡Nos vemos esta noche! —voceó Nico.

Y ella le contestó más o menos lo de siempre: o sea, nada.

June es la chica más seria y cortante que he conocido en mi vida, o al menos eso pienso yo. También pienso que a Nico le gusta, aunque no pueda demostrarlo ni tampoco entender por qué. Nunca la he visto decir más de dos palabras seguidas. Tiene el pelo liso y rubio recogido en un moño estirado. Sus ojos son azules y su mirada tan fría que parece no sentir emociones.

—Uy, perdón. —Por observar a los tortolitos, me acababa de chocar con alguien.

Era un chico musculoso y bronceado que sujetaba un palo como si fuese una espada. Muy fácil de clasificar:



del equipo de *lacrosse*, el deporte favorito del instituto para demostrar quién tiene más dinero y menos preocupaciones.

Aquí todos usamos el mismo uniforme sombrío, granate y gris. Sin embargo, se puede distinguir de lejos a qué grupo pertenece cada uno. Hay casi de todos y solo tienen una cosa en común: no son muy simpáticos.

—¿Quién es esa? —preguntó a uno de sus compañeros.

—Ni idea.

Esa era yo, la que nadie era capaz de identificar. No los culpo, ni siquiera yo misma sé qué pinto aquí.

Para ser completamente sincera, en mi anterior instituto también me sentía diferente. Mientras que los demás se preocupaban por aprobar los exámenes y preparar las mejores coreografías, yo pensaba en si mi madre iría ese día a recogerme o si se habría acordado de comprar comida. Pero al menos allí estaba con ella.

Por el pasillo nos cruzamos con los *influencers*, que se miraban en las pantallas de sus móviles, buscando la luz más favorecedora y ajustándose las gafas de sol. Actuaban como si fueran a salir en una revista, aunque en realidad estaban ante la puerta del baño.

Después nos topamos con los músicos, siempre cargados con sus instrumentos y con las espaldas muy rectas, como si estuvieran listos para empezar a interpretar la

Obertura 1812 de Chaikovski. Al principio traté de unirme a ellos porque me encanta la música, pero resultó que solo admiten cuartetos de cuerda, no chicas que aporrean una guitarra eléctrica mientras desafinan a todo volumen canciones de pop punk.

Un poco más allá estaban los «importantes»: hijos de políticos, banqueros, famosos... Estos cuchicheaban y se retocaban el pelo, y miraban con desdén a los que pasábamos por delante de ellos.

Preston, el idiota de la máscara, pertenece a ese grupo.

—¡Uuuh! —le gritó por la espalda a un chico que se dirigía hacia la salida.

Al pobre se le cayeron los libros que llevaba bajo el brazo del susto. Me acerqué y lo ayudé a recogerlos. Nico seguía parloteando, sin enterarse de nada de lo que sucedía a nuestro alrededor.

Si quisiera, Nico podría pertenecer a ese grupo. En realidad, yo soy la única que lo llama así. Su nombre completo es Nicholas Alexander Salisbury, hijo pequeño de una familia británica megarrica y megaimportante por su marca de relojes de lujo: Salisbury Watches.

Nico es delgado, paliducho, con unos rizos muy mal peinados y una sonrisa perpetua en la cara. Se lleva bien con casi todo el mundo, pero en el fondo no encaja con ellos: él prefiere los perritos calientes a los platos *gour-*

met y las pelis de miedo a las galas de la alta sociedad. Su padre insiste en que se involucre en el negocio familiar, por eso trabaja en una de sus relojerías dos veces a la semana, pero en realidad su sueño es ser director de cine. Por su culpa he visto *Aullidos tormentosos 4* (una peli de hombres lobo malísima) suficientes veces como para saberme de memoria cuándo va a llegar cada grito de terror.

Nos conocimos gracias a su increíble torpeza. Un día, en el recreo, iba distraído con uno de sus cómics de mutantes radiactivos en una mano y un bocadillo de crema de cacahuete en la otra.

—¡Nicholas, los cordones! —le gritaron.

Él apoyó el bocadillo en un banco y el cómic en el suelo y se los ató sin apartar la vista de las páginas. Mientras tanto, una ardilla bajó de un árbol y le quitó el almuerzo. Nico salió corriendo tras ella (¡le encanta la crema de cacahuete!), pero se tropezó y se cayó al suelo, y la ardilla se escapó.

Se levantó a toda prisa y se sacudió la ropa con disimulo. Miró alrededor, asegurándose de que nadie lo había visto. Ya sonreía aliviado cuando sus ojos se toparon con los míos.

Su expresión cambió, y su cara, normalmente pálida, se volvió roja. Yo estaba a punto de llorar de la risa, pero

me contuve e hice lo único que se me ocurrió: alargar el brazo y ofrecerle mi bocadillo.

Nico sonrió y echó a andar hacia mí. Unos pasos después, apareció una pelota de *lacrosse* volando por detrás de él: iba directa hacia su cabeza.

Al ver mi cara de alarma, dejó de sonreír y se dio la vuelta. Levantó los brazos para intentar atraparla. Parecía que iba a lograrlo, pero falló y le golpeó de lleno en la boca.

Me quedé inmóvil, todavía con el brazo extendido y el bocadillo en la mano. La escena había pasado de cómica a trágica.

—Gracias, pero ya no me apetece mucho —dijo Nico, que tenía en la mano el diente que se le acababa de romper.

Después se echó a reír a carcajadas. Desde ese momento nos hicimos inseparables.

—Y el motivo número diecisiete es que he preparado una broma buenísima, ¿no te la imaginas! —Para cuando llegamos a nuestras taquillas, decidió utilizar su argumento estrella.

La directora Mountcastle pasó por detrás de nosotros y me miró de reojo. No soporta que una chica de pelo rosa y cascos en el cuello desafíe las reglas no escritas de su instituto.

—Nox, colócate la camisa —me ordenó.

Tampoco aguanta mi manera de ponerme el uniforme. Si me viera con mis pantalones rotos y mis camisetas desgastadas le daría un ataque.

Me toqueteé los botones hasta que se alejó y los dejé exactamente igual que estaban. Después cerré la taquilla y salimos del instituto.

Nico y yo solemos ir caminando a casa mientras charlamos, pero ese día el único que hablaba era él. Mientras tanto, yo me fijaba en el alboroto que se estaba formando en la ciudad.

Los escaparates de las tiendas estaban adornados con calabazas, arañas y fantasmas. Ya había brujas, vampiros y superhéroes paseándose por todas partes. Algunos compraban bolsas de chuches, y hasta ahí, todo normal. Otros, en cambio, empujaban carros cargados de provisiones para el apocalipsis. ¿Que por qué? Pues porque, además de ser Halloween, había quien creía que esa noche llegaría el fin del mundo. ¡Supéralo si puedes!